

Elías Pino Iturrieta



BIBLIOTECA  ELÍAS PINO ITURRIETA

La Cosiata

Páez, Bolívar y los venezolanos contra Colombia

Editorial Alfa

La Cosiata

Páez, Bolívar y los venezolanos
contra Colombia

Elías Pino Iturrieta

[Twitter: @eliaspino](https://twitter.com/eliaspino)

Editorial Alfa

Biblioteca Elías Pino Iturrieta N.º 12

© **Elías Pino Iturrieta, 2019**

© **Editorial Alfa, 2019**

© **Alfa Digital, 2019**

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa

Apartado postal 50304. Caracas 1050, Venezuela

e-mail: contacto@editorial-alfa.com

www.editorial-alfa.com

Alfa Digital

e-mail: contacto@alfadigital.es

Twitter: [@editorial_alfa](https://twitter.com/editorial_alfa)

Instagram: [@alfadigital_es](https://www.instagram.com/alfadigital_es)

www.alfadigital.es

ISBN: 978-84-122665-2-8 (Edición impresa)

ISBN: 978-84-122665-3-5 (Edición digital)

Corrección de estilo

Carlos González Nieto

Conversión digital

Alfa Digital

Diseño de colección

Ulises Milla Lacurcia

Retrato del autor

© Guillermo Suárez

Imagen de portada

Retrato de José Antonio Páez en uniforme de húsar por Robert Ker Porter (1828).

Imagen tomada de *Diario de un diplomático británico en Venezuela: 1825-1842*,

de Sir Robert Ker Porter. Fundación Polar, Caracas, 1997.

Elías Pino Iturrieta



(Venezuela, 1944) Doctor en Historia por El Colegio de México, individuo de número de la Academia Nacional de la Historia, profesor titular de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Católica Andrés Bello. Actualmente es presidente ejecutivo de la Fundación para la Cultura Urbana. Fue director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello. Fue decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV y presidente de la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Ha sido investigador visitante en El Colegio de México, coordinador de seminario en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y conferencista en las universidades de Columbia, Georgetown, Bonn, Sevilla, Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Autónoma de México y El Colegio de Jalisco.

BIBLIOTECA **ELÍAS PINO ITURRIETA**

1. El divino Bolívar
2. Contra lujuria, castidad.
Historias de pecado en el siglo XVIII venezolano
3. Nada sino un hombre.
Los orígenes del personalismo en Venezuela
4. Ideas y mentalidades de Venezuela
5. Ventaneras y castas, diabólicas y honestas
6. La Independencia a palos y otros ensayos
7. Simón Bolívar. Esbozo biográfico
8. País archipiélago. Venezuela 1830-1858
9. Positivismo y gomecismo
10. Venezuela metida en cintura (1900-1945)
11. Telón de fondo. Historias distintas de Venezuela
12. La Cosiata. Páez, Bolívar y los venezolanos contra Colombia

Índice

[Sobre el autor](#)

[Pretensión preliminar](#)

[I. El anuncio de un portento](#)

[II. Las búsquedas de república](#)

[III. La mole rocosa](#)

[IV. La hora de las cabriolas](#)

[Bibliografía](#)

*La república tiene todas las características de los gobiernos reconocidos de la tierra.
¿Quién podría atacarla?, ¿quién podría aumentar o disminuir su riqueza?, ¿de quién tiene
necesidad?*

FRANCISCO ANTONIO ZEA, 1822

Pretensión preliminar

EN UN LIBRO PUBLICADO EN 1907, el historiador venezolano Eloy G. González, muy reconocido en su tiempo, se empeña en presentar al joven general José Antonio Páez como un rústico incapaz de entender la política en la que se ha ubicado hace poco como figura principal. Llega a escribir sobre el hombre que promueve el fin de Colombia a partir de 1826: «Páez era todavía salvaje. Bramaba en la selva como el montaraz Hernani, cuyos rugidos hacían fruncir el ceño al temible Carlos V. Recamado de brillo militar, ensimismado justamente, premiado por el Libertador en medio de la tempestad de pólvora y metralla de la batalla de Carabobo, ambicioso y fiero, no podía adaptarse a altos reclamos». Cuando un colega le reprocha las afirmaciones porque parecen exageradas acude a la opinión de José Gil Fortoul, quien es un autor en la cúspide de la fama después de publicar el primer tomo de la *Historia Constitucional de Venezuela*, obra venerada entonces y ahora.

Incluye dos citas del maestro para avalar las afirmaciones. Esta es la primera: «Páez era todavía el guerrero inculto de los llanos de Apure, incapaz de distinguir entre la disciplina política asegurada por las leyes, y la disciplina militar, mantenida en la guerra antes que por el reglamento por el prestigio personal. Él había triunfado en cien combates; él mandaba el Ejército de Venezuela; él era y debía ser el jefe: las leyes representaban trabas inventadas por los civiles, por los jurisconsultos, para reducir a la impotencia a los militares». Ahora leamos la otra, provocada por las teorías del positivismo todavía en boga: «Era Páez mestizo, y algo influyó sin duda esta circunstancia en la

ojeriza que mostró al principio contra los mantuanos de la capital. Hallándose [Bolívar] ausente en el Perú, no era Páez hombre capaz de someterse de buen grado al Gobierno de Bogotá, ni tampoco a Soublotte, Toro, Escalona y después al doctor Mendoza, que desempeñaron la intendencia de Venezuela. Su reconciliación con los jurisconsultos y letrados se hará solamente al precio de la sumisión de estos a su autoridad soberana».

Los fragmentos se toman de la única monografía que ha tratado de estudiar «con método científico» los sucesos que aquí se examinarán: *Dentro de La Cosiata*, que Eloy G. González publica por entregas en el diario *El Constitucional* y después edita como libro por petición de los ávidos lectores. Pero, ¿cuál es la historia que quiere reconstruir? Es evidente que desea comenarla con la subestimación de Páez.

Veamos ahora lo que afirma en la introducción del volumen: «Crece en torno de los hombres y de los sucesos la vegetación de aquella mala espiga cuya simiente corre por las venas de una raza infeliz, que reacciona contra la antigua disciplina. Confúndense los ardides de la mala fe con las hábiles victorias del talento, y los correos colombianos restablecen en el suelo de la naciente libertad las escenas y los procedimientos de las cámaras de delación y de los gabinetes secretos, que prolongaron las postrimerías monárquicas. (...) Los hombres a quienes la selva, la barbarie y el dolor les confirieron el arrojo, la constancia y el tesón para vencer, comienzan a encelarse de sus esfuerzos y comienzan a justificar la conducta exterminadora de Morillo contra todo lo que en la república era alto e ilustre; los plumarios, a su vez, se defienden de los militares por la intriga y por el dolo». Pero, ¿qué papel juega entonces el fundador de Colombia? Para conocer lo que don Eloy opina sobre la conducta del Libertador ante la inminencia de la desintegración, basta una frase lapidaria: «Bien sabéis que así no quería Bolívar la patria».

Un suceso descrito de esa manera apenas encuentra historiadores en el futuro. ¿No descubre en su fondo la esencia de un proceso que no merece memoria, el testimonio de una traición al héroe que dio vida a una nación destinada a la grandeza y hecha pedazos por motivos subalternos, las pruebas de la preparación de un parricidio? Mejor mantenerlo en el rincón. Ahora se tratará de ofrecer una aproximación diversa a los hechos, comprensiva de los motivos de los hombres de su tiempo y de las necesidades de su sociedad, es decir, capaz de mirar con ojos apacibles lo que no fue un desastre, ni un pecado, sino el comienzo de una rectificación llena de fundamentos y relacionada con el ideario republicano que la precedió. De las vicisitudes del año convulsionado que se examinará brotan testimonios que nadie del futuro ha querido ver, o que apenas se han mirado a través de piezas deshilvanadas; una apreciación diversa del papel de Bolívar en los acontecimientos y motivos de sobra para entender las razones que tienen los venezolanos de entonces para dejar de ser colombianos. Seguramente iguales o parecidas a las que llevan a los neogranadinos de la época a separarse de unos cargantes compañeros de viaje, y que también esperan otro tipo de análisis.

El reencuentro de las comunidades que tomaron senderos distintos en un pasado lleno de asperezas no solo depende de cómo lo planteen los políticos de la actualidad, o de los motivos económicos que predominan en la posteridad, o de cómo se entienden entre sí las élites, sino también de una búsqueda distinta de los recuerdos. Los recuerdos desenterrados por los investigadores de ayer no pueden ser idénticos a los que escarbamos nosotros, sus sucesores, porque tenemos una idea diferente del oficio y otra manera de estudiar los materiales seleccionados. Quizá también estemos más alejados de los prejuicios establecidos en torno a la virtud y a la maldad de los antiguos debido a las solicitudes de la época en la cual trabajamos, cuyos aprietos nos conminan a dejar la necedad de

pulir el espejo que refleja las obras de los difuntos y a trabajar desde otra perspectiva sus obras.

¿Por qué no imaginar que regresan a nuestros gabinetes esperando versiones de su paso que los saquen de las casillas habituales? ¿Por qué no pensar, a la vez, que haremos un servicio a los lectores de la actualidad si revolvemos un repertorio anacrónico para que se desprenda de su rigidez y de sus tonterías?

Los historiadores pueden ser pilares de un acercamiento esencial de los pueblos que forman un mismo vecindario, a través de un examen sin viejas ataduras de lo que hicieron antes para divorciarse y aún para odiarse. Las diferencias, como producto de la vida y de los anhelos de generaciones anteriores, pueden ser una alternativa de reunión estable cuando el transcurso del tiempo demuestra que no son perennes debido a que, como sucede en el caso venezolano de La Cosiata, tuvieron sentido en un período crucial sobre el cual no se ha querido volver por los consejos de la gazmoñería, por el resorte de una vergüenza que solo pesa en sensibilidades simples, por las ínfulas que da el nacimiento en una cuna impoluta que no existe. Es una suerte que no exista, debido a que así concede licencia para volver a la que de veras existió tras el propósito de sentirnos en paz con las pasiones y con las antipatías de sus criaturas, o con las que movieron a sus rivales en una disputa que murió cuando le llegó la hora y no merece resurrección. Por tales razones se escribió *La Cosiata* que ahora circula.

I. El anuncio de un portentoso

COLOMBIA NACE EN UN PERIÓDICO DE Angostura, antes que en los reclamos de una realidad que la busca desde su antigüedad, desde necesidades impuestas por la historia. Los promotores de una nación que no existe la proponen en el taller de la imprenta. El nacimiento está precedido y acompañado por un trabajo de propaganda que busca apoyos para lo que está en la cabeza de unos pocos. Vanguardia del origen, el *Correo del Orinoco* hace la propuesta de una comunidad grandiosa y vela porque se concrete mediante una actividad que puede entenderse como asomo de una utopía, o como designio marcado por una incertidumbre que se debe ocultar o maquillar. No es la expresión de un reclamo de dos comunidades que han madurado en el afán de juntarse, en la intención de ser una sola, sino el soporte de una coyuntura creada por la guerra que se debe aprovechar para la derrota de los realistas.

Que se invoque la guerra como motivo para la reunión de Venezuela con la Nueva Granada es argumento suficiente. ¿No es lo más apremiante para los líderes de entonces, lo menos alejado de la desmesura? Después del fracaso de los intentos de independencia sucedidos en Venezuela, y de que pasara lo mismo en la Nueva Granada por la imposibilidad de librarse del poder virreinal, que se pusieran aquí y allá a reflexionar sobre la necesidad de probar una acción mancomunada de fuerzas militares, nos coloca ante lo más sensato que puede suceder en medio de una situación desesperada. En 1815 llega de España un ejército bajo el mando de Pablo Morillo, una fuerza considerable si se compara con las mantenidas hasta entonces

por la Corona en las colonias soliviantadas. Puede ser la puntilla para el adversario que salió de los chiqueros criollos en 1810. Tal vez no sientan entonces los promotores del encuentro de las dos soldadescas, entre ellos el más entusiasta, Simón Bolívar, que mueven un avispero cuando meten la mano en dos colmenas sobre cuya vida apenas se conoce la superficie, pero sientan las bases de una comunidad que llamará la atención por sus posibilidades de éxito y por su temprano derrumbe.

Los triunfos de la campaña de Guayana, capaces de levantar el ánimo de los patriotas después de casi una década de fracasos, ofrecen horizontes auspiciosos. La aparición en los llanos de un liderazgo que atrae a los campesinos anteriormente postrados ante el rey, abre un capítulo prometedor a las hostilidades. El ensayo de colaboración protagonizado por neogranadinos y venezolanos en 1813, pese a su fracaso, sugiere la posibilidad de un nuevo capítulo con enmiendas. Como son más las cercanías que las espinas creadas por su estreno, no abundan las objeciones de envergadura cuando se piensa en una nueva edición, o no hay político de relevancia que las exprese. No parece una reunión de virtudes, sino un reencuentro de necesidades, detalle suficiente para superar los valladares de la crítica y el recelo recíproco ante los fuereños. El establecimiento de un bastión de autoridad en Angostura, capaz de mostrar una plataforma de administración luego de la destrucción de los primeros intentos de Gobierno, no solo permite el control del comercio fluvial que se extiende hacia colonias extranjeras y la adquisición de vituallas escasas hasta la fecha, sino también la construcción de unas tablas para que Bolívar se consolide como primer actor.

Los letrados que anhelan la vuelta a la república morigerada de 1811 no encuentran público para unos planes que pagan el castigo de su inoperancia. Santiago Mariño, quien se había proclamado como Libertador de Oriente, topa con una influencia que debe obedecer si no quiere encabezar una

disidencia inoportuna, o desaparecer del mapa. Un oficial en ascenso, el popular y victorioso Manuel Piar, paga con su vida la osadía de buscar la jefatura. Antonio José de Sucre, dotado para procurar avenimientos y para la organización de tropas, forma parte del séquito del líder que se establece. Francisco de Paula Santander, un tesorero oficial arrollado por las derrotas de Cundinamarca, se comienza a hacer familiar entre la dirigencia en proceso de recomposición. Cuando José Antonio Páez acepta la autoridad del general que se vuelve referencia principal, lo cual significa que los llaneros bajo su mando lo acompañan en la sujeción, se pueden abrir senderos interesantes. Pero la mayor parte del territorio venezolano está bajo control realista, un hecho que impide movimientos hacia el norte y el occidente, especialmente hasta Caracas, centro político desde tiempos coloniales. De allí que, partiendo de la situación relativamente positiva de la Guayana ahora sujeta, Bolívar decida la penetración de territorio reinoso a través de los Andes y la apresurada creación de Colombia.

En la Nueva Granada ha hecho campañas bélicas que no lo dejan pasar inadvertido. Ha escrito después en Jamaica un documento susceptible de traspasar los límites hispanoamericanos. En el exilio de Haití se ha hecho de un liderazgo que le permite dirigir una expedición con la ayuda no pocas veces renuente de oficiales bizarros e indisciplinados. Es el dictador escaldado de 1813, el factor de un holocausto de españoles que pretende renacer de sus cenizas, y ahora el corresponsal que inicia un epistolario colmado de recursos retóricos, el más atractivo de la independencia, gracias al cual encuentra apoyos entre los civiles y los militares que no han abandonado la lucha. Logra la convocatoria de un congreso en Angostura para el restablecimiento de la República de Venezuela, pero también para expresar un ideario que destaca entre las piezas del pensamiento político de la época. Un designio de república que apenas permanece, porque Venezuela

se convierte en Colombia en cuestión de diez meses. El parlamento que se reúne en febrero de 1819 por iniciativa de Bolívar para buscar el cauce del origen, la modesta escala pensada en correspondencia con los límites de la Gobernación y Capitanía General de Venezuela, en diciembre recibe y aprueba la petición del mismo Bolívar de fundar la República de Colombia, que incluye a la Nueva Granada y prevé la incorporación de Quito. Es un requerimiento de la guerra, un salvavidas, pero también un movimiento susceptible de crear incomodidades que se deben atemperar y sorpresas que pueden terminar en problemas. De allí que el *Correo del Orinoco*, creado por el activísimo dirigente, forme parte esencial del propósito.

El *Correo del Orinoco* se edita en Angostura, a partir del 27 de junio de 1818. El fundador frecuenta sus páginas mediante la inclusión de documentos oficiales, o con escritos que oculta en la pantalla de los pseudónimos. Muchos textos de pelea frontal son de su autoría, aunque aparecen suscritos por El Apureño, El Mosca, Pancrudo, El Llanero Maturinés, El Enemigo de los Tiranos y Henrique Samoyar. Forma un equipo de venezolanos con experiencia editorial desde 1811 —Juan Germán Roscio, Francisco Javier Yanes, Manuel Palacio Fajardo, José Rafael Revenga...— y con la asistencia del neogranadino Francisco Antonio Zea. El último fascículo circula el 28 de marzo de 1822, después de que autores de Cundinamarca se incorporan a la faena. Ya Colombia tiene papeles de sobra para pescar seguidores y para presentarse a la consideración del mundo¹. Ahora, cuando pretende debutar sin escollos, quiere que el natalicio se entienda como una emanación de la historia universal, como una fatalidad impuesta por el destino de las sociedades.

El pensamiento moderno

El periódico justifica las acciones con la idea del «derecho ordinario de insurrección», entendido como «toda conjuración

que tenga por objeto mejorar al hombre, la patria y el universo»². El derecho es valedero cuando las fuerzas del cuerpo social, especialmente los elementos de quienes depende la felicidad del conglomerado, no forman un todo armónico³. Según estima el «Dogma filosófico de la insurrección», transcrito del *Telégrafo de Chile*:

El destino de un imperio no es distinto del destino de un hombre individual: el estado de degeneración es para él un estado contrario a su naturaleza; y es forzoso que a la larga perezca, o se desembarace de todo aquello que circunscribe su energía⁴.

De acuerdo con lo que afirma Un Colombiano:

También se mueren y menguan los imperios como se mueren y menguan todas las cosas que carecen del principio de la inmortalidad: ellos ceden a la caducidad y a la disolución, como todos los establecimientos humanos en la carrera de los tiempos y en medio de las vicisitudes humanas a que ha estado siempre expuesto el mundo⁵.

Condenadas las sociedades a una declinación que causan los propios elementos internos, cuyos intereses niegan su función y varían su meta, se llega a un momento culminante que deberá originar la sustitución de la realidad en menoscabo. Estamos en el mundo de las abstracciones, sin nada capaz de relacionar de veras al lector con los movimientos destinados a cambiar el mapa conocido hasta entonces; nos movemos en un plano superior desde el cual manan los fundamentos de la realidad en proceso de transformación. Pero, con guías más concretas del pensamiento moderno, los redactores pueden descender hasta el espacio que se quiere transformar.

De allí las referencias al papel de los legisladores, menos etéreas debido a que, según se agrega a continuación:

No vieron o no quisieron ver que, además de la palanca del poder, había otra para mover el mundo social, es decir, la de la razón. Ellos se contentaron con organizar el poder, porque la fuerza era la única que hacía impresión en el hombre en la infancia de las sociedades; y cuando aquel poder se halló sentado en un

trono, o residió en un Senado, o andaba errante en una plaza pública entre la muchedumbre, crearon el crimen de lesa majestad para hacerla respetar, queriendo que el poder fuese una cosa sagrada, no solo para la audacia sino también para la razón⁶.

Ahora una brújula más comprensible ofrece imágenes capaces de traducir los pasos que se dan para la creación de la república, frases que han circulado en la prensa desde los inicios de la insurrección y con las cuales pueden establecer vínculos menos tortuosos los lectores. Lo mismo puede suceder cuando se refuerza el argumento con la doctrina del contrato social, muy popular a esas alturas. Por ejemplo:

Existe en la naturaleza del hombre social un derecho inalienable de insurrección. Este derecho le viene de que su razón le indicaba la necesidad de las leyes antes que hubiese leyes y porque había sido dotado de inteligencia antes que existiese ningún poder. Hay otra consideración no menos filosófica para autorizar al hombre a resistir un poder opresor.

Cuando, desarrollándose la inteligencia, se abrieron al hombre las puertas de la sociedad, él se comprometió con la patria a protegerla con su fuerza individual bajo la condición de que ella le protegería con toda la fuerza pública de que es depositaria; o no se formó este contrato, y entonces nada hay que mandarle, o después de haberlo formado lo había violado el poder, y el ciudadano ha tenido derecho para desobedecer.

En aquel contrato estaba estipulado, a lo menos tácitamente, que todo cuanto el hombre posee, o por haberlo recibido de la naturaleza, o porque lo adquirió con su trabajo, o en virtud de las convenciones sociales, sería respetado. Siendo esto así, ¿hay acaso propiedad más pura que la de la razón, la cual se la quieren robar unos tiranos políticos y unos fanáticos?⁷

El acervo moderno crece cuando se localiza otro planteamiento destinado al propio fin, tomado de *El Investigador de Puerto Rico* y con influencia del sensualismo aplicado al derecho. Los hombres que han formado la sociedad por el impulso de sus sensaciones y de sus afectos, proponen ahora, pueden disolver sus vínculos y transformarlos cuando la colectividad impide «las ventajas de la naturaleza». Según los principios naturales: